

Pontificia Universidad Javeriana

Presentado por: Andrés Atehortúa S.

Grupo filosofía del dolor

Catherine Malabou, Los nuevos heridos. Sesión capítulo V

- **Un punto de partida**

En una carta que recibí de un amigo que actualmente vive en Chile y se encuentra estudiando maestría en una especialidad médica, me hablaba de su nueva buena vida lejos del caos de la capital colombiana, fuera de la niebla contaminante que, como ave de presa sobrevuela nuestras cabezas. Entre otras cosas, recuerdo que en medio del estado de felicidad hinchado y las anécdotas divertidas de su nueva vida en el país austral, él me comentaba el malestar que le generaba ver todos los días una pequeña cicatriz cerca de su ceja derecha. Hay que tener ojos de lince para notar aquel desnivel en su piel para intuir que se trata de la huella dejada por una herida. De hecho, recuerdo muy bien la primera vez que me contó sobre aquel que, a mi parecer, es un nimio bajo relieve en su rostro:

- **De la herida al acontecimiento, un pasado que es eterno presente**

La herida que lleva profundamente en su cuerpo, la aprende, sin embargo, y precisamente por ello, en su verdad eterna como acontecimiento puro. En la medida en que los acontecimientos se efectúan en nosotros, nos esperan y nos aspiran, nos hacen señas: «Mi herida existía antes que yo; he nacido para encarnarla.» Deleuze, p. 108

- Yo entiendo, él me decía, que solo es una cicatriz, pero más que la herida lo que duele es como pasó. Soy médico y entiendo el proceso de curación, el trabajo de reparación celular del tejido y todo lo relacionado con la autocuración, pero pareciera que a la mente se le escapó esa propiedad...

Yo recuerdo que, en otro momento, Camilo, que es su nombre, me contó la situación que causó esa cicatriz: él tenía alrededor de cinco años, en su casa tenían una especie de galpón para gallinas y dentro de ese grupo de aves había un gallo llamado Andy. Algo que destacaba al animal era su tamaño, era un animal imponente. En la casa de Camilo tenían fotos de aquella ave porque lo consideraban un miembro más de la familia y si algo llamaba la atención era su tamaño. Adicional a ello llamaba la atención por su agresividad, no distinguía diferencias de tamaño, humano, perro, gato, cualquier movimiento activaba esa agresividad poco vista en un animal doméstico. El asunto es que, a la edad de cinco años, en su cumpleaños, la familia de Camilo se reunió para celebrarle al niño un año más de vida, llegaron todos sus primos, era el hijo menor, el Benjamín de la familia. Él me cuenta, aunque aclarando que el recuerdo es difuso, que se encontraba jugando con sus primos cuando dejaron salir al gallo. Al ver el riesgo de tener al animal libre en el patio, todas sus tías alzaron a los niños, con la excepción de él. Su mamá se encontraba conversando con otras personas y no había notado que el gallo estaba libre. Por supuesto, al ver a tantas personas reunidas, este no vaciló en lanzarse a atacar. El pequeño Camilo estuvo a punto de perder la función de un ojo, la herida causada por el pico del animal estuvo a un centímetro de entrar en su globo ocular.

- La cicatriz no me duele en sí, ni cosquillas siento, lo único que me duele y que todavía me cuesta es perdonar que mi mamá haya sido tan descuidada. Usted sabe que soy una persona vanidosa y en ocasiones cuando me miro al espejo viene un sentimiento acompañado del recuerdo que me genera malestar y un poco de vergüenza. Todas mis tías fueron cuidadosas con mis primos, menos mi mamá. Me molesta que ese acontecimiento se pudo haber evitado.

Aquella situación narrada no deja de ser triste al representarle a mi amigo una afectación. Sin embargo, al ir más allá y ahondar en lo dicho por él, parece como si la cicatriz al ser comparada con lo que él entiende como causa o acontecimiento desencadenante fuera menos relevante. Una suerte de dos afectos cohabita en una misma existencia, él convive con dos momentos, ambos evocativos; pues mientras el primero recuerda la consecuencia, la herida oculta tras la cicatriz, el segundo momento hace las veces de lo que él ve como el acontecimiento que se convierte en causa, la cual abre un conjunto de posibilidades que no

podieron ser y que aún no pueden ser aceptadas como un simple pasado que debe ser olvidado. Pero ¿qué es en efecto eso que entendemos como acontecimiento al cual en distintas ocasiones le atribuimos múltiples propiedades, además de ser algo que va más allá de lo físico para anclarse en la estructura mental y convertirse en causa eficiente según la experiencia del propio afectado? Asimismo ¿Puede darse un acontecimiento que pase del plano mecánico y se afinque en un terreno de mayor profundidad para devenir en acontecimiento psíquico? Esto es lo que justamente la filósofa francesa Catherine Malabou (1959) en parte del quinto capítulo del texto *Los nuevos heridos* abordará para llevarnos a una respuesta de lo que en el psicoanálisis halló su forma más radical en *Los estudios sobre la histeria* de Sigmund Freud (2007, p. 139) y es el concepto de *acontecimiento psíquico*. Por esta razón, a continuación, haré un recorrido por varios puntos que considero centrales del quinto capítulo del texto de Malabou titulado *¿Qué es un acontecimiento psíquico?*

- **El acontecimiento: el triunfo expresivo de un azar atemporal**

Antes de entrar en la relación de acontecimiento y herida, quiero detenerme en algunas consideraciones nacidas de la lectura del capítulo cinco en función de las posibles relaciones semánticas del acontecimiento con otras palabras. ¿Podemos decir que acontecimiento es un hecho o a la inversa? Una primera respuesta dirá que son sinónimos, pero no deja de llamar la atención que si decimos en determinados contextos acontecimiento como alternativa a la palabra hecho su uso puede dejar coja la intención comunicativa del enunciado. Entonces ¿Es lo mismo un hecho que un acontecimiento? Desde la historia, por ejemplo, se habla de hechos históricos, a la vez que podemos hablar de acontecimiento histórico para una misma línea de tiempo. Sin embargo, un hecho puede *pasar a ser* acontecimiento en casos determinados. Al respecto, si miramos desde la dimensión temporal y como esta temporalidad se ha asociado al hecho o al acontecimiento surgen diferencias importantes. En la Antigüedad el acontecimiento estaba ligado al Kairós (καίρος) que se corresponde con un lapso de tiempo diferente al habitual, el tiempo Cronos (κρόνος). Así, mientras cronos es el tiempo lineal donde se establece un antes, un ahora y un después, Kairós representa un lapso indeterminado donde algo importante sucede. El Kairós cobra un valor central en la

constitución del ser. El Kairós será el acontecimiento que se distingue cualitativamente del tiempo rectilíneo y uniforme que es el cronos. El acontecimiento irrumpe asignándole valor a la temporalidad cronológica, siendo esta expresión atemporal. Es irrupción y salto cualitativo. El acontecimiento es aquello que en palabras de Deleuze (p. 108) no es simplemente lo que sucede como accidente; sino que está *en* lo que sucede, el puro expresado que nos hace señas y nos espera. Un accidente puede ser un hecho, pero lo que expresa frente a nosotros deviene en *acontecer* al ser recibido y colmado de significado.

En ese orden de ideas, el acontecimiento se muestra como algo que valorativamente tiene un significado y un sentido que están presentes en el suceso, pero hay algo que no es fortuito, por el contrario, hay algo que está expectante a ser descubierto y apropiado, por ello el acontecimiento toma distancia del hecho al ser importante cualitativamente. Su aparecer suspende el paso acompasado del tiempo para romper con él (Kairós). No obstante, cuando es llevado al mundo psíquico, el acontecimiento no es ajeno a ser considerado desde la óptica de sus manifestaciones concretas y lo que en primera instancia puede ser casual, tal es caso de lo llega a ser un síntoma. Malabou (p. 143) nos dice al respecto que un síntoma:

[...] designa un fenómeno a la vez azaroso y necesario. En efecto, *symptoma* (*Λύμτρομα*), en griego, significa en primer lugar el colapso, el derrumbe, aquello que cae (lo que sobreviene efectivamente y nos cae encima), luego la coincidencia, el incidente fortuito, y finalmente el signo que oculta y a la vez revela un sentido.

Los síntomas son por lo tanto un acontecimiento al gozar de un “valor de confesión” (Malabou, p. 144): pues nos dicen algo. Ahora bien, esta doble condición atribuida al síntoma en la que coexisten la contingencia y la necesidad hacen que el espectro semántico del acontecimiento se amplie nuevamente, pues el accidente que parece ser algo aleatorio y vacío estará en función del acontecimiento psíquico, ya que en algunos casos se tratara de un *accidente significativo* (Malabou, p. 144). Aquellos episodios, según la autora francesa, llevan al psicoanálisis interesado en la génesis de la histeria y la neurosis a ver en situaciones de apariencia comunes como olvido de objetos, manchas en la ropa, monedas caídas al piso y errores de memoria en fuentes que relevan el sentido de una condición actual del individuo.

Lejos de ser producto del azar, lo cual lo ubicaría en una dimensión externa a lo científico, el accidente debe ser interpretado. Así, en esa empresa interpretativa, el psicoanálisis

descompone el accidente significativo, viéndolo ahora como acontecimiento por tratarse de un suceso donde hay algo sujeto a ser verbalizado en dos dimensiones; la primera, será “el acontecimiento tal y como sobreviene del afuera, de manera totalmente inesperada -para el cual Freud emplea la palabra *Ereignis* -y el acontecimiento vivenciado, que adquiere sentido para el psiquismo, y para el cual Freud usa la palabra *Erlebnis*” (Malabou, p. 145). De este modo, una primera forma de definición de acontecimiento psíquico es aquella que articula *Ereignis* con *Erlebnis* en tanto uno pueda ser traducido en el otro bajo la forma de un síntoma.

Ahora bien, ya en *Los estudios sobre la histeria*, Freud encontrará que la relación entre lo que se entiende como *Ereignis* y lo que es *Erlebnis* será lo que luego se entenderá como *sexualidad* (Malabou, p. 146). Por supuesto, la noción de sexualidad nos dice Malabou, que debe ser vista más allá de una idea de relación sexual, sino que la sexualidad no es “primeramente lo vivenciado o las prácticas sexuales, sino más bien la constitución de un cierto tipo de acontecimiento” (p. 146). Un acontecimiento es una forma de relación.

De esta manera, la relación fundante entre la situación externa y la vivencia será determinante a la hora de entender la aparición de una *herida psíquica*, algo importante si lo llevamos al caso de mi amigo Camilo, dado que si lo vemos a partir de su propia reflexión en torno a su cicatriz, su herida psíquica es el producto de “un encuentro entre choque y afecto” (Malabou, p. 148). Así, cuando hay una irrupción externa inesperada y una respuesta que se aviva en la llama del recuerdo, según lo comenta Malabou citando a Freud (p. 147), se encuentra el origen del problema, llegando a ser capaz de desaparecer los síntomas si se logra despertar el recuerdo del proceso ocasionador.

Por supuesto, esto tendrá validez cuando se trata de seguir una cadena de síntomas o accidentes significativos como lapsus y otros episodios donde aparezcan situaciones inesperadas. No obstante, cuando el individuo no presenta tales momentos y es capaz de poner en palabras específicas su afecto, resulta difícil determinar si hubo una sanación plena de aquella herida, puesto que el malestar continúa al pensar en dicho proceso ocasionador.

- **La soldadura entre *Ereignis* y *Erlebnis*: la fantasía**

Ya mencioné que el malestar de Camilo no se hallaba en el dolor físico que le producía la cicatriz en sí, su dolor viene de la representación que hace posible la articulación entre el

Ereignis y el Erlebnis: la estructura del acontecimiento psíquico. Ya el sentimiento que acompaña el recuerdo está claro, solo resta entender el lugar de dónde proviene y se sintetiza ese acontecimiento que hace posible sentir dolor a pesar de ser una cicatriz físicamente indolora. Esta articulación se funde más allá del sistema nervioso, en un lugar de tránsito energético que es totalmente ajeno al mero impulso eléctrico que se produce cuando hay un estímulo externo que se califica como doloroso, y que, en palabras de Malabou (p.151) se da:

[...] entre un tipo de acontecimiento (el "incidente") y el otro (el acontecimiento significativo para el psiquismo), [donde] viene a alojarse un elemento, cual verdadero transformador, que nunca tiene su fuente en el sistema nervioso y permanece radicalmente extraño a él, a saber, la fantasía (*Phantasie*). Es así como la sexualidad nombra un régimen de acontecimientos (*événementialité*) que se sitúa en el cruce del circuito energético y la escena teatral, este valor de escena siendo precisamente negado al sistema nervioso.

Así, nos dice la autora francesa (p. 150) que contrario a lo que se piensa del sistema nervioso como una gran central donde todos los procesos externos e internos son perfectamente gestionados, este se vuelve un lugar de paso o tratamiento, no de formación, de la síntesis entre Ereignis y Erlebnis. La fantasía es ese lugar que hace las veces de soldadura, de punto de unión que mas que un punto rígido, es mas cercano al funcionamiento de una bisagra, dado que une y permite que las partes unidas se articulen. Haciendo que su movimiento se convierta en múltiples posibilidades simbólicas. Se trata en suma de “un afuera del adentro que es propio del psiquismo” (p.152), y que así mismo se convierte en un lugar y que, al igual que la luna respecto a la tierra, es un satélite que determina muchas de las condiciones de ese lugar principal al que orbita.

La fantasía es por lo tanto, el medio que imprime eficacia al acontecimiento externo y lo articula por un momento para luego fundirse en una unidad que se conoce como accidente psíquico. En palabras de Malabou:

Freud llega a defender la idea según la cual los acontecimientos exteriores obtienen su eficiencia de las fantasías que activan y de la excitación desencadenada por éstas. A partir de allí, la fantasía deja de aparecer como la bisagra o el punto de articulación [...] Por el contrario, la fantasía marca su carácter indisoluble, idéntico incluso, su

unidad originaria, que justamente deja de precisar de soldadura. La fantasía (*Phantasie*) termina designando ella misma el modo de aparición del accidente en el psiquismo (p. 156).

Así pues, queda como punto de discusión como efectivamente la fantasía entra en una dinámica de cambio para dejar de ser simple sutura o soldadura a ser unidad entre Ereignis y Erlebnis y cómo efectivamente esta unidad se convierte en una realidad que cobra todo el valor para el individuo. Es una realidad que vale la pena tener en cuenta sobre todo si se quiere comprender el fenómeno del dolor más allá de los límites que la ciencia misma a constituido y llevarlo al plano del acontecimiento como experiencia significativa. De manera que, el dolor de Camilo obedecería a todo ese universo de significado nacido de su propia fantasía.